

dice lo mismo. También Freud era radicalmente pesimista ya que pensó que lo que diferencia al hombre del reino natural es la enfermedad, la neurosis como generadora de cultura. Y que todo lo que se podía hacer era paliar esa desdicha. Si nuestra naturaleza se define por la enfermedad, siendo su causa y fundamento, la curación ¿qué significaría? No es este el tema, además de que ha sido tratado en un libro amplio y lúcido de Norman O. Brown, *Life Against Death*, donde responde a esta pregunta tratando de superar la visión antitética de eros y tánatos a través de una relación dialéctica no reductiva.

## Fulgor y muerte del amor-pasión

Pero la obra más notable y controvertida tal vez haya sido *El amor y Occidente*, de Denis de Rougemont, publicada en 1939 y revisada en 1956<sup>4</sup>. Rougemont estudió el amor desde una determinada literatura generada entre los siglos XII y XIII: la poesía de los trovadores y el ciclo artúrico, donde se mezclan las tradiciones celtas con el amor cortés, o como decían los trovadores, *fine amour*. Quizás lo más notable de esta obra, además de su estilo sugestivo y su viva inteligencia, sea haber visto, que entre los siglos XII y XIII cristaliza en el Midi francés, o más exactamente el mediodía de las Galias<sup>5</sup>, una idea del amor que se iba a convertir en lo que, más o menos, entendemos como el amor en Occidente. Pero Rougemont, que se pasó toda su vida interpretándose, afirmó varias cosas más discutibles que, a pesar de que han sido refutadas por especialistas, son ignoradas por muchos de nuestros escritores que citan a Rougemont de oídas: a saber, que esa idea del amor era deudora del catarismo, una religión dualista; que se trata de una pasión sin consumación, pura afirmación del amor mismo sin objeto definido e inalcanzable, a través de cuya aspiración el deseo se purifica, etc. El amor, pues, era una herejía en relación a nuestras concepciones cristianas como a su vez lo era también el catarismo. Hay que ver todo esto más despacio.

Rougemont, ante las posibles críticas, advierte que no son equivalencias exactas del dogma cátaro lo que hay que buscar en los trovadores sino el «desarrollo lírico y salmódico de los símbolos fundamentales». Y nos pone un ejemplo moderno en los temas de Baudelaire, donde no hay ninguna cita de los evangelios, pero al que difícilmente podemos entender sin el cristianismo. Muchos trovadores fueron cátaros (también lo afirma René Nelli) y casi todas las damas de Carcasona, Toulouse, el condado de Foix y Albi, eran «creyentes». Había dos niveles entre los cátaros: «perfectos» y «creyentes». Los primeros tenían prohibido el matrimonio, y en cuanto a

<sup>4</sup> La obra de Rougemont no es muy aconsejable para conocer con rigurosidad el mundo de los trovadores, pero sigue teniendo valor por su apasionada apuesta y sus observaciones brillantes.

<sup>5</sup> «Su área geográfica, que en la actualidad poco ha variado respecto a su extensión en la Edad Media, ocupa una vasta zona del mediodía de las Galias que se halla comprendida entre el Atlántico, al oeste; la frontera italiana, al este; el Macizo Central, al norte, y los Pirineos y el Mediterráneo, al sur». Martín de Riquer, *Los trovadores* (1975), tres tomos, Ariel, Barcelona, 1989.

los segundos, se les toleraba. Catarismo y gnosticismo negaban la reproducción y por lo tanto condenaban el matrimonio que, por otro lado, a finales de la edad media, era bajamente amoroso, además de sufrir una aguda crisis. Pero hay que recordar que los cátaros negaban el matrimonio y la sexualidad, porque ambos conducen a la reproducción, no por ningún otro asunto. Los trovadores también estaban en contra del matrimonio, aunque, a pesar de lo que piensa Rougemont, no por las mismas razones que los cátaros: exaltaban el amor fuera o ajeno de él. Los cátaros aspiraban a una pureza que está más allá de este mundo terreno, obra del Lucifer, el ángel de las tinieblas. Desde el descenso del demonio a la tierra, el alma está separada de su espíritu, que continúa en el cielo. De aquí la condena de la carne, de origen maniqueo, no cristiano, como testigo del mal. Según Mircea Eliade y Steven Runciman, el catarismo descende del bogomilismo que, a su vez, tiene su origen en las ideas dualistas difundidas por los paulicianos y los messalianos en Asia Menor en los siglos VI al X. Glosa a ambos en la descripción que sigue<sup>6</sup>.

Al comienzo del siglo XII se advierte en Italia, Francia y Alemania occidental la presencia de misioneros bogomiles (dualistas) que tratan de difundir sus ideas, pero pronto son descubiertos y condenados a la hoguera. Sin embargo no se detuvieron. La iglesia cátara, instalada en Italia, envió misioneros a Provenza, Languedoc y otros lugares. Al entrar en contacto con estas sociedades, el catarismo adoptó algunas características del inconformismo local: desavenencia con la aristocracia, actitud crítica ante los desmanes de una iglesia romana en crisis con una acusada decadencia de la jerarquía eclesiástica. Todo ello alentó aún más la consolidación de esta nueva religión. El final es conocido: la iglesia cátara deja de existir en Francia en 1330 después de guerras y duras cruzadas que tuvieron repercusiones muy importantes en el engrandecimiento del reino de Francia además de en la transformación de la iglesia católica. Eliade añade: «también fue la ruina de la civilización meridional (concretamente la destrucción de la obra de Leonor y de su «corte de amor», con la exaltación de la mujer y la poesía de los trovadores»).

Rougemont relaciona la negación cátara con la leyenda de Tristán e Isolda representativa del simbolismo del Deseo luminoso cuyo más allá era la muerte divinizante, liberadora de los vínculos terrestres. Así que amor, en el sentido que le otorga esta tradición, es un empobrecimiento del ser, y una afirmación de la ausencia y de la muerte como única posibilidad de liberación del yo culpable de estar sometido a este mundo, a la carne. La exaltación de la amada ausente, la ascesis y la condena del matrimonio se enlazan, siempre según Rougemont, con el misticismo cátaro.

<sup>6</sup> *Mircea Eliade: Historia de las creencias y de las ideas religiosas, vol. III/1. Traducción de J. Valiente Malla. Ed. Cristiandad, Madrid, 1983. Steven Runciman, Los maniqueos de la edad media (1947) Traducción, Juan José Utrilla, FCE. México, 1989.*

Para el autor de *El amor y occidente*, esta idea y sentimiento del amor-pasión no es de origen cristiano ni siquiera como subproducto, sino que nace de la «complicidad del maniqueísmo con nuestras más antiguas creencias y del conflicto de la herejía que resultó de ello con la ortodoxia cristiana». En otras palabras, las oposiciones provocaron aún más sus llamas. Es una pasión que exalta a Eros y es éste quien ha glorificado a la muerte. Rougemont lo dice con claridad: «Eros se somete a la muerte porque quiere exaltar la vida por encima de nuestra condición finita y limitada».

Reitera a lo largo de su obra que ese mito surgido en el siglo XII, contaminando nuestra cultura amorosa hasta el siglo XX, es una herejía cristiana. Desaparecida la religión, han quedado los retazos de esa cortesía, encarnada en personas que no saben lo que están viviendo cuando exaltan el deseo de manera semejante, cuando hacen del otro un dios. Por eso es incoherente, según el ensayista francés, que en nuestro tiempo se enaltezca esta pasión y se la acoja en el matrimonio. El matrimonio es ágape y «se venga de Eros salvándolo», es decir, otorgándole un sentido cristiano. Si Rougemont está muy interesado en considerar al amor-pasión como herejía, no es para salvarlo sino para condenarlo. Para colmo, Denis de Rougemont escribía su libro cercano a unos años que habían sido testigos de una verdadera resurrección del amor: el loco amor de los surrealistas encarnado en los grandes libros de Bretón (*L'amour fou*, es de 1937), Eluard y otros. No una resurrección privada, «dans le boudoir», sino una llama en mitad de la plaza pública.

## Interdicción y transgresión

Se podría hacer una clasificación significativa de los ensayos sobre el «erotismo» sirviéndonos de las ideas de Octavio Paz expuestas en *Conjunciones y Disyunciones*<sup>7</sup> entre cuerpo y no cuerpo, entre las temperaturas, en definitiva, de nuestros momentos culturales. En el tema que nos ocupa, los dos extremos son la sexualidad, en su sentido más lato, y la religión, en el más sublime. Entre ambos hay un sin fin de posibilidades que llamamos deseo, amor, erotismo, amor-pasión, etc. Georges Bataille (1897-1962) dedicó una buena parte de su obra a meditar sobre el erotismo<sup>8</sup>. La idea esencial es que el erotismo es un acto transgresor y ejerce violencia sobre lo que somos, y lo que somos es discontinuidad. Entre un ser y otro y en la propia percepción de uno mismo, se abre un abismo. El hombre está escindido, separado tanto de sí como de su vínculo con los otros. Bataille concibe tres formas de erotismo: de los cuerpos, de los corazones y de lo sagrado. Hay que recordar que se dedicó al primero y al último.

<sup>7</sup> Joaquín Mortiz, México, 1967.

<sup>8</sup> Ver *L'érotisme* (1957). Hay versión castellana de Toni Vicens, Tusquets, 1979. *Les larmes d'Eros* (1961), traducción española (*Las lágrimas de Eros*) por David Fernández, Tusquets, 1981.

En las tres formas se da el mismo denominador: «lo que está en cuestión es sustituir el aislamiento del ser, su discontinuidad, por un sentimiento de continuidad profunda». Si en Sade el erotismo es utilizado como negación, Bataille nos dice que el erotismo «es la aprobación de la vida hasta en la muerte». La violencia de la que habla no se ejerce contra la persona sino contra los interdictos sobre los que hemos constituido nuestra convivencia y sobre los que hemos regulado, de manera diversa y no estable, nuestra cultura. En otras palabras, la violencia se ejerce contra el ser cerrado que es propio de la discontinuidad (individuo). La escisión es aislamiento y el erotismo violenta esa cerrazón abriéndonos hacia la continuidad donde las formas constituidas se disipan. No hay que ver en esta continuidad, en este estar como el agua en el agua, una vuelta a la naturaleza. Bataille está muy lejos de Rousseau. La transgresión no supone la destrucción del interdicto sino que lo mantienen en su superación. Es una relación dialéctica en el sentido hegeliano. En otras palabras: Bataille creyó que sin prohibiciones no hay erotismo y que el erotismo no niega la prohibición sino que la violenta manteniéndola. Podríamos invertir la conocida frase: Si Dios no existe todo está permitido, en la siguiente: si todo está permitido, eros no existe. Aclaro que esta permisividad tendría que ir más allá de lo meramente legal y moral porque la primera interdicción, el primer *no*, es el que dice *sí* a la naturaleza humana. La interdicciones tienen que ver con ese primer *no*. Bataille imagina ese instante: «la posibilidad humana dependió del momento en que, dejándose llevar por un vértigo insuperable, un ser se esforzó en responder *no*». Enseguida añade que esa negación no pudo ser ni es continua. Ese momento vislumbrado por Bataille no pudo ser tal ni lo llevó a cabo ninguna persona concreta. Al igual que el lenguaje, tampoco tuvo su instante ni su protagonista, fue sin embargo nuestro Big Bang, detectado por Bataille en las marcas de nuestra historia.

Lo que quiero recalcar es que Bataille une interdicción con transgresión, y la primera prohibición (la universal del incesto) está unida a aquello que somos, tanto continuidad como discontinuidad. Lo discontinuo forma parte del mundo profano, mientras que el erotismo forma parte de la continuidad, de lo sagrado. La violencia que eros ejerce en las interdicciones abre el espacio sagrado de la unidad.

El diagnóstico de Freud, el hombre es un ser neurótico, se llama en Bataille discontinuidad/interdicción. Sin este par no hay acceso a lo continuo, a los estados oceánicos freudianos. En ambos, ni puede dejar de generar cultura, neurosis, ni interdicciones que proliferan a partir de ese primer *no* a la naturaleza (incesto). Los actos pasionales y rituales, entre los que se encuentra el erotismo, nos permiten acceder al otro lado. Pero